

Documentación especial

Discursos y homilías de Juan Pablo II en Centroamérica

Guatemala

1. Saludo, 5 de febrero de 1996

1. Al llegar de nuevo a esta bendita tierra, viene espontáneo a mi memoria el recuerdo de mi primera visita en marzo de 1983, cuando tuve la dicha de compartir unas inolvidables jornadas de fe y esperanza con los hijos e hijas de Guatemala, el "país de la eterna primavera".

El Señor, dueño de la historia y de nuestros destinos, ha querido que el IV Centenario de la devoción al Santo Cristo de Esquipulas me ofrezca la oportunidad de encontrar nuevamente al amado pueblo guatemalteco y a tantas personas de los países hermanos de Centroamérica. Me llena de gozo visitar otra vez esta tierra, en la que surgieron notables culturas y cuyas gentes se distinguen por la nobleza de espíritu y por tantas muestras de aquilatada fe y amor a Dios, de veneración filial a la Santísima Virgen y de fidelidad a la Iglesia.

2. Me complace saludar, en primer lugar, al presidente de la república, el excelentísimo señor Alvaro Arzú Irigoyen, que ha tenido el deferente gesto de venir a recibirme y al cual deseo manifestar mi más viva gratitud por las amables palabras que ha tenido a bien dirigirme para darme su cordial bienvenida. Expreso igualmente mi reconocimiento al licenciado Ramiro de León Carpio, que durante su mandato presidencial me invitó a visitar el país. Mi agradecimiento se hace extensivo al gobierno de la nación y a las demás autoridades, por su grata presencia en este acto y por su preciosa colaboración en los preparativos de mi visita pastoral.

Saludo entrañablemente a mis hermanos en el episcopado; miembros de la conferencia episcopal guatemalteca, así como a los arzobispos y obispos aquí presentes. En este saludo, mi corazón se abre también con especial aprecio a los queridos sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas, catequistas y fieles, a los que me

debo en el Señor como pastor de la Iglesia universal. Saludo cordialmente a todos los guatemaltecos, dirigiéndome con afecto a las poblaciones indígenas, hombres, mujeres y niños.

3. Con este viaje apostólico vengo a celebrar, ante todo, a Jesucristo, redentor de todos los hombres. Vengo como su heraldo, en cumplimiento de la misión confiada al apóstol Pedro y a sus sucesores de confirmar en la fe a los hermanos (*cf.* Lc 22, 32). Vengo para compartir vuestra religiosidad, vuestros afanes, alegrías y sufrimientos, y a celebrar juntos el misterio del amor misericordioso, para insertarlo más profundamente en la vida y en la historia de este noble pueblo, sediento de Dios y de valores espirituales, ansioso de paz, solidaridad y justicia. Vengo como peregrino de amor y esperanza, con el deseo de dar un nuevo impulso a la labor evangelizadora de la Iglesia.

4. En cuantas ocasiones me ha sido posible no he dejado de pedir que se hagan todos los esfuerzos necesarios para detener el fragor de la guerra y que se muevan los corazones por caminos de mayor justicia. Aunque el recorrido hacia la paz ha sido arduo y no exento de dificultades, hoy se vislumbra en el horizonte el momento gozoso de la firma de los acuerdos que pondrán fin a la reciente historia de guerra y violencia de los últimos treinta y cinco años. Ello, unido a las calamidades naturales —recuerdo que precisamente en estos días se cumplen veinte años del gran terremoto que causó más de 20,000 víctimas—, ha impedido el deseado progreso y bienestar que los hijos de Guatemala esperan de la tierra que la Providencia les ha dado fértil y fecunda. Por eso, haciendo mío el repetido llamado de los obispos, quiero levantar una vez más mi voz diciendo que "urge la verdadera paz". Una paz que es don de Dios y fruto del diálogo, del espíritu de reconciliación, del compromiso serio por un desarrollo integral y solidario de todas las capas de la población y, especialmente, del

respeto por la dignidad de cada persona.

5. Es éste un momento de gracia para los guatemaltecos. Hay signos de esperanza, pues el clamor de todos buscando una movilización de las conciencias y un común esfuerzo ético pueden poner en práctica una gran estrategia en favor de la vida (cf. *Evangelium vitae*, 95), lo cual se manifestará en un mayor progreso espiritual y moral, económico, social y cultural para todos, de modo que cada uno pueda vivir en una atmósfera de libertad, confianza recíproca, justicia social y paz duradera.

6. Con la esperanza puesta en el Señor y sintiéndome muy unido a los amados hijos de toda Guatemala, inicio esta visita pastoral, que encomiendo a la maternal protección de la Santísima Virgen, mientras de corazón os bendigo a todos, pero de modo particular a los pobres, los enfermos, los marginados y a cuantos sufren en el cuerpo o en el espíritu.

¡Alabado sea Jesucristo!

2. Homilía, Esquipulas, 6 de febrero de 1996

1. "De veras este hombre era Hijo de Dios" (Mc 15, 39). En una ocasión, cerca de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a los Apóstoles: "¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre?" (Mt 16, 13). Le dieron varias respuestas. Al final contestó Simón Pedro: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo" (16, 16).

Como obispo de Roma y sucesor de San Pedro, me complace repetir las mismas palabras durante esta celebración. Han pasado casi dos mil años desde el momento en que Pedro las pronunció. Cristo, el Hijo de Dios vivo hecho hombre, anunció el evangelio, y después, por los pecados del mundo fue crucificado y, depositado en el sepulcro, resucitó al tercer día. Vuestro Santuario del Santo Cristo de Esquipulas está dedicado a este misterio de la redención.

El evangelio según San Marcos, que hemos escuchado, nos recuerda *la agonía de Cristo en la cruz*. Oigan las emotivas palabras: "Eloí, Eloí, ¿lemá sabactani?", que significan: ¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?... Pero Jesús, dando un fuerte grito, expiró (15, 34-37). Y precisamente en ese momento, en el instante mismo de la muerte del Hijo del Hombre, el centurión romano, es decir, un pagano, hizo una confesión de fe extraordinaria: "De veras este hombre era Hijo de Dios" (15, 39). El evangelista añade que el centurión pronunció estas palabras al ver el modo como Jesús expiró.

Vengo, queridos hermanos y hermanas, como peregrino a vuestro santuario de Esquipulas, *renovando la confesión de Pedro y al mismo tiempo la confesión del centurión*. Pedro dice: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo", y el centurión afirma: "De veras este hombre era Hijo de Dios". Parece que esta segunda confe-

sión, salida de la boca de un pagano, es como un anuncio de la conversión, de muchos pueblos de fuera de Israel, a aquella fe que Pedro confesó el primero. Por esa fe nos encontramos aquí, en el santuario de la pasión de Cristo.

¡Cuán significativo es el hecho de que las naciones de América Latina rodeen de tan gran veneración y de tanto amor la pasión de Cristo! En torno a este misterio se concentran vuestra fe y vuestra vida cristiana.

2. Desde hace cuatro siglos se venera esta imagen, "bien perfecta y acabada", de Cristo en la cruz, "El Señor de las Misericordias", como se llama aquí. *Vosotros*, y otros peregrinos venidos de México y de las repúblicas hermanas de Centroamérica, *os postáis ante el Cristo Negro de Esquipulas*, y en el encuentro personal con el redentor, pedís los dones del perdón, de la reconciliación y de la paz. Esta espléndida y blanca Basílica, atendida ahora por monjes benedictinos, custodia desde hace más de doscientos años la imagen antaño venerada en una sencilla ermita y después en el templo parroquial de Santiago. Todo ello manifiesta la expansión de esta devoción a lo largo de los siglos.

Y los frutos no se hicieron esperar. De aquí nace una vivencia de fe en Cristo, siervo sufriente por nuestra salvación, pero después resucitado, que vive e intercede en nuestro favor. El es el maestro, es "camino, verdad y vida" (Jn 14, 6). Unidos a él, muertos al pecado y llamados a una vida nueva, los hombres se realizan como personas e hijos de Dios, y sienten la llamada a la convivencia social, sólidamente fundada en la justicia, la fraternidad y la paz. Reconciliación con Dios, reconciliación entre los hijos de Dios: *el mensaje del Cristo de Esquipulas sigue vivo y perenne*.

En esta misma Basílica los presidentes de Centroamérica firmaron el acuerdo de Esquipulas de 1986, origen de los procesos de pacificación del área, los cuales han dado ya frutos positivos en El Salvador y Nicaragua. Espero vivamente que Guatemala pueda concluir en un futuro muy próximo el acuerdo definitivo de paz. Además, aquí tiene su sede el parlamento centroamericano (PARLACEN) que, junto con los demás organismos del Sistema de Integración Centroamericana (SICA), favorece la unidad del istmo.

3. *La verdad sobre Cristo. Siervo sufriente, arranca profundamente del Antiguo Testamento*. Lo pone de manifiesto la primera lectura de hoy, tomada del profeta Isaías. Como se sabe, este profeta es llamado a veces "el evangelista del Antiguo Testamento". Es sorprendente la estrecha relación que hay entre los acontecimientos de la pasión de Cristo y lo que anunció el profeta muchos siglos antes de los acontecimientos de la pascua del Señor. Basta reflexionar, por ejemplo, sobre las palabras que antes hemos escuchado: "Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, la mejilla a los que me tiraban de la barba. No aparté mi rostro a los insultos y

salivazos" (Is 50, 6). *Tal vez en ningún otro texto se ha dicho con tanta elocuencia lo que ocurriría durante la pasión de Cristo, empezando por el prendimiento y la prisión, hasta la muerte en la cruz: Cristo está indefenso; sus enemigos pueden escupirle impunemente al rostro y abofetearlo; es conducido a la columna de la flagelación y azotado terriblemente; antes de la crucifixión en el Gólgota. Según la visión profética de Isaías, Cristo es el Siervo de Dios verdaderamente sufriente: Quienes honran al Señor, oigan la voz de su Siervo (cf. Is 50, 10).*

Estamos ante el proceso contra Cristo inocente. Los hombres lo juzgan, lo condenan a la flagelación, lo coronan de espinas y, finalmente, lo entregan a la muerte y el Hijo del Hombre muere en el Gólgota. En medio de todo esto Isaías pone en los labios del Siervo del Señor las siguientes palabras: "El Señor es mi ayuda, por eso no quedaré confundido, por eso endurecí mi rostro como roca y sé que no quedaré avergonzado. Cercano está de mí el que me hace justicia,... El Señor es mi ayuda ¿quién se atreverá a condenarme?" (Is 50, 7-9). En cualquier lugar del mundo donde nos encontremos ante una imagen de Cristo sufriente, nos damos cuenta de este misterio del juicio del hombre sobre Dios, que se expresa en el cuerpo torturado de Jesús. Sin embargo, el juicio del hombre sobre el Hijo de Dios lleva consigo también otro juicio, o sea, el juicio de Dios sobre la humanidad, sobre cada hombre, sobre los pecados humanos. El que muere en la cruz es el verdadero cordero de Dios que quita los pecados del mundo. La justicia y la misericordia se encuentran en su muerte redentora.

4. "Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy" (Hb 5, 5). El Padre pronuncia eternamente estas palabras y eternamente se realiza la generación del Verbo, Hijo de la misma naturaleza que el Padre. Sin embargo, en este momento, en el momento de la cruz, estas palabras del Padre son pronunciadas con una especial profundidad, la profundidad del amor, que corresponde a la profundidad del sufrimiento y de la muerte redentora. Cristo acepta del Padre su filiación eterna y en ella se ofrece a sí mismo al Padre como un don inefable por los pecados de todo el mundo, don que borra los pecados con la sangre del cordero sin mancha, don que santifica, es decir, que eleva hacia Dios todo lo que estaba caído. Precisamente por esto, el Padre en el momento mismo del sacrificio de la cruz revela al mundo el sacerdocio de Cristo: "Tú eres sacerdote eterno, como Melquisedec" (Hb 5, 6). Cristo es el único sacerdote de la nueva y eterna alianza. Es el sacerdote del propio sacrificio, que ofrece en la cruz al aceptar la muerte por los pecados de toda la humanidad. Su sacrificio cruento perdurará de modo incruento a lo largo de la historia. Lo realiza toda la Iglesia ofreciendo el cuerpo y la sangre de Cristo bajo las especies del pan y del vino, sacramento de la eucaristía, instituido en el cenáculo.

5. La liturgia de hoy, nos dice todo esto de Cristo

con las palabras de la carta a los Hebreos. De este mismo Cristo que vosotros veneráis aquí, peregrinando a Esquipulas, vuestro santuario nacional. La verdad sobre Cristo torturado, sobre Cristo redentor del mundo, sobre Cristo único y eterno sacerdote de la nueva alianza, la profesáis con particular intensidad en este lugar, junto con y en nombre de toda la Iglesia universal. Aquí el "mysterium" del sufriente Siervo del Señor ha sido confiado, en cierta manera, a vuestra particular devoción. Se ha convertido como en un carisma particular vuestro lo que la carta a los Hebreos dice de Cristo: "Durante su vida mortal, ofreció oraciones y súplicas, con fuertes voces y lágrimas, a aquél que podía librarlo de la muerte, y fue escuchado por su piedad. A pesar de que era el Hijo, aprendió a obedecer padeciendo, y llegado a su perfección, se convirtió en la causa de la salvación eterna para todos los que lo obedecen" (Hb 5,7-9).

Este es el Cristo obediente hasta la muerte, hasta la muerte de cruz. Suplicaba al Padre en Getsemaní: "Padre, si quieres aparta de mí esta copa, pero no se haga mi voluntad sino la tuya" (Lc 22, 42). Y fue escuchado, como dice la carta a los Hebreos. Fue escuchado por su piedad. Como Hijo recibió del Padre la gracia de la obediencia mediante la cual pudo aceptar todo lo que le habían preparado sus perseguidores. Y todo quiere decir: el prendimiento en Getsemaní, el injusto proceso, la flagelación, la coronación de espinas, el camino del Calvario, la crucifixión y, finalmente, aquella horrible agonía hasta el último respiro. Lo cumplió todo. Así lo atestiguan las últimas palabras que pronunció al expirar: "Todo está cumplido" (Jn 19, 30). Y a continuación: "Padre, en tus manos pongo mi espíritu" (Lc 23, 46). De este modo, con el precio de su pasión y muerte en la cruz, se convirtió para todos los que le obedecen en el artífice de la salvación eterna.

6. Esta es la conmovedora profundidad del Nuevo Testamento: Dios, que quiere que el hombre camine por la vía de sus mandamientos. Quiere que nosotros obedezcamos a aquél que por nosotros se hizo obediente hasta la muerte y que se entregó por nuestra salvación. Dios quiere que comprendamos bien la elocuencia de este don y que lo aceptemos en la más profunda obediencia de la fe. Quiere que comprendamos de ese modo cómo este amor oblativo ha de ser correspondido con amor, y que encontremos en él la fuerza espiritual para modelar nuestra vida y para llevar todas las cruces que experimentamos en nuestro camino.

"¡Salve, oh Cruz de Cristo!". Según una tradición, con estas palabras el apóstol San Andrés, hermano de Pedro, había aceptado la pasión que sufrió al final de su vida. El Santuario de Esquipulas nos invita a la adoración de la cruz de Cristo como signo de nuestra salvación, en la cual el hombre, junto a Cristo, alcanza la victoria sobre el pecado, sobre satanás y sobre la muerte, para participar, junto con El, del amor del Padre eterno.

Así sea.

3. Homilía, celebración de la palabra, 6 de febrero de 1996

"Una mujer... con una corona de doce estrellas" (Ap 12, 1).

1. Esta *celebración de la palabra* nos congrega en el mismo lugar donde presidí la primera eucaristía durante mi primera visita pastoral a vuestro país. De aquel momento inolvidable, grabado en mi corazón, recuerdo muchas veces los rostros de tantos guatemaltecos, especialmente de catequistas y otros agentes de pastoral, entregados al anuncio del evangelio.

Hoy tenemos este encuentro de oración iluminados por la Palabra de Dios, que acabamos de escuchar. La lectura del libro del Apocalipsis nos ayuda a considerar la vida de la madre de Cristo desde una particular dimensión. San Juan contempla "en el cielo una figura prodigiosa: una mujer envuelta por el sol con la luna a sus pies y con una corona de doce estrellas" (Ap 12, 1). El libro presenta a esta mujer encinta, ante la cual hay un enorme dragón, que quiere devorar al niño apenas nazca. Esta nos remite al libro del Génesis, en el que aparece la serpiente del paraíso terrenal, o sea, el mismo dragón, vencido por el linaje de la mujer (cf. Gn 3, 15).

Estos elementos indican la maternidad divina de María y también su maternidad espiritual. Al dar a luz al Hijo de Dios en carne humana, María está llamada, en cierto modo, a otra maternidad, es decir, a *engendrar a los hijos de los hombres como hijos adoptivos de Dios*.

El autor del Apocalipsis oye una voz poderosa en el cielo: "Ha sonado la hora de la victoria de nuestro Dios, de su dominio y de su reinado, y del poder de sus Mesías" (12, 10). María está íntimamente unida a Cristo en esa victoria sobre satanás. Ella es el arca de la alianza divina, que san Juan ve en el templo de Dios en los cielos.

2. Vosotros la invocáis bajo el nombre de *Nuestra Señora de la Asunción* y la veneráis como *patrona de la ciudad de Guatemala*. Y ahora, recordando estas mismas palabras del Apocalipsis, me dispongo a poner una *corona de oro* sobre la cabeza de esta imagen de la Madre de Dios, en esta liturgia de la coronación, tan vinculada con el quinto misterio glorioso del santo rosario.

En esta ciudad, llamada tradicionalmente "la Nueva Guatemala de la Asunción", nos reunimos hoy para glorificar y bendecir a Dios que ha elevado al cielo y glorificado en cuerpo y alma a María, madre suya y nuestra. Nos alegramos porque "la Virgen Inmaculada, preserva inmune de toda mancha de culpa original, terminando el curso de su vida en la tierra, fue llevada en cuerpo y alma a la gloria del cielo y elevada al trono por el Señor como reina del universo, para ser conformada más plenamente a su Hijo, Señor de los señores (cf. Ap 19, 16)

y vencedor del pecado y de la muerte" (*Lumen gentium*, 59).

La coronación de la Santísima Virgen nos alegra y nos interpela también como comunidad eclesial, que quiere ser, a ejemplo de María, transparente y portadora del evangelio, dispuesta a afrontar esa lucha contra las fuerzas del mal, a las que sólo se vence con el amor, el perdón, la reconciliación y la cruz.

3. Al acercarnos al tercer milenio, es urgente anunciar a todos los hombres que Jesús es el redentor que hizo posible la transformación del mundo al ofrecer el perdón de Dios sin límites. De este modo comienza una nueva época en la que las enemistades deben quedar superadas por la fraternidad, las rivalidades, los rencores y las guerras han de dejar paso a la solidaridad cristiana, al perdón personal y a la paz.

Los obispos, con ocasión del Cuarto Centenario del Cristo de Esquipulas, han dirigido a las comunidades eclesiales guatemaltecas la carta pastoral *¡Urge la verdadera paz!* Os aliento a seguir ese camino de evangelización, que anuncia "el Reino de Dios" (cf. *Evangelii nuntiandi*, 8), teniendo en cuenta el respeto de la dignidad humana y el desarrollo integral de las personas, la solidaridad y la comunión, el perdón y la reconciliación. La Iglesia, que es "el pueblo de la vida y para la vida" (cf. *Evangelium vitae*, 79), asume así la tarea de "hacer llegar el *Evangelio de la vida* al corazón de cada hombre y mujer, e introducirlo en lo más recóndito de toda la sociedad" (*Ibid.*, 80).

4. Quiero dirigirme ahora de modo especial a los *catequistas* aquí presentes y a los que participáis por medio de la radio y televisión. Vuestra tarea, queridos catequistas de Guatemala, es grandiosa. No olvidéis que "el fin definitivo de la catequesis es poner a uno no sólo en contacto, sino en íntima comunión con Cristo" (*Catechesi tradendae*, 5).

Unidos a vuestros obispos y sacerdotes, os dedicáis a enseñar, de manera sistemática y profunda, la doctrina del evangelio, preparando la propia comunidad eclesial para que celebre bien la eucaristía y encuentre en ella la fuerza para vivir el mandamiento nuevo del amor.

Quiero rendir ahora un caluroso y merecido *homenaje* a los *centenares de catequistas* que, junto con algunos sacerdotes, arriesgaron su vida e incluso la ofrecieron por el evangelio. Con su sangre fecundaron para siempre la tierra bendita de *Guatemala*. Esta fecundidad debe fructificar en familias unidas y profundamente cristianas, en parroquias y comunidades evangelizadoras, en numerosas vocaciones sacerdotales, religiosas y misioneras. Ellos, imitando la valentía y entereza de María, "vencieron por medio de la sangre del Cordero y por el testimonio que dieron, sin que el amor a su vida les hiciera temer la muerte" (Ap 12, 11).

5. La herencia que todos los guatemaltecos habéis

recibido de estos héroes de la fe es hermosa y a la vez comprometedor, pues conlleva la urgente tarea de proseguir la evangelización: ¡Es necesario que ningún lugar ni persona quede sin conocer el *evangelio!* Os invito, por tanto, a “llenar del evangelio de Cristo” (cf. Rom 15, 19) las diversas regiones de Guatemala, y todos y cada uno de sus hogares: desde las selvas del Petén hasta el ancho valle del Motagua; desde las cumbres de los Cuchumatanes hasta las llanuras de la costa del Pacífico; desde las tierras frías del occidente hasta los tórridos campos de oriente; sobre todo allí donde los indígenas y campesinos necesitan vuestra atención pastoral. Ellos son, a veces, los más afectados por la *penetración de las sectas* y de *nuevos grupos religiosos*, que siembran confusión e incertidumbre entre los católicos. Es necesario *potenciar vuestra acción evangelizadora*, siguiendo las directrices de los obispos.

Alborea ya un tiempo nuevo para Guatemala en el que todos sus pueblos se han de abrir a una “nueva evangelización”, que se debe llevar a cabo no sólo con “nuevos métodos y nuevas expresiones”, sino principalmente por medio del “nuevo fervor de sus agentes”, que sean signos creíbles del evangelio. *La fidelidad a Dios, a Jesucristo* ha de expresarse también en la *fidelidad a la Iglesia* fundada por el mismo Señor y fundamentada en la roca de Pedro y de sus sucesores.

Que la memoria de aquellos que dieron su sangre por el evangelio sea estímulo para la generosidad, el servicio, la humildad; que ni la rivalidad, ni la envidia, ni la ambición entre vosotros sea obstáculo al anuncio de la Palabra, a la celebración de la eucaristía y a la edificación de la Iglesia. El Papa os agradece emocionado vuestra dedicación a la tarea de la evangelización. A todos vosotros os encomiendo encarecidamente que ayudéis a cuantos abandonaron la fe católica o están en peligro de dejarla, para que puedan volver pronto a la propia comunidad cristiana en la que fueron engendrados y educados como cristianos. Acogedlos con ternura, comprensión, humildad y sacrificio. No olvidéis que quienes han orado alguna vez a la Santísima Virgen, aún cuando se hayan alejado de la Iglesia católica, conservan siempre en su corazón un rescoldo de fe que todavía se puede reavivar. Ciertamente, la Santísima Virgen les espera con sus brazos maternos abiertos.

6. En este acto litúrgico de la coronación está contenida nuestra común *fe en el reinado de Cristo*, fruto de su muerte y resurrección. Este es el significado de la corona que se colocará sobre la imagen de *Nuestra Señora de la Asunción*. Pero esta coronación interpela a cada uno de nosotros a ser también su propia corona, como exhortaba san Pablo a los primeros cristianos: “Hermanos míos queridos y añorados, mi gozo y mi corona; manteneos así firmes en el Señor” (Flp 4, 1).

En el evangelio de san Lucas hemos escuchado que María, al visitar a su prima santa Isabel, canta el himno

de alabanza: “Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se llena de júbilo en Dios, mi salvador... porque ha hecho en mí grandes cosas el que todo lo puede” (Lc 1, 46-47, 49). Y el evangelista añade: “*María permaneció con Isabel* unos tres meses y luego regresó a su casa” (Lc 1, 56). Os deseo, queridos hermanos y hermanas, que María permanezca siempre con vosotros; que su imagen coronada hoy sea signo de su particular perseverancia materna.

La Virgen, que guardaba y meditaba en su corazón lo que se decía de Jesús (cf. Lc 1, 19.51), y lo ponía en práctica en su vida, sea modelo y ayuda para que vosotros meditéis en vuestro corazón el evangelio del reino. Que el testimonio de vuestra vida cristiana contribuya de manera eficaz a la construcción de una nueva Guatemala, fundada en la fe católica de vuestros padres y abierta a comunicar esa misma fe a los demás pueblos. Ojalá se pueda decir de todos lo que Isabel dijo de María: “¡Dichosa tú que has creído! porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá” (Lc 1, 45).

¡Que el gozo con el que María cantó el “Magnificat” esté en todos los corazones, en todos los hogares y en todos los pueblos de Guatemala!

Nicaragua

4. Saludo, 7 de febrero de 1996

1. Doy gracias a la Divina Providencia por haberme permitido volver a este querido país. Han pasado trece años desde mi primer viaje apostólico a Nicaragua. En este tiempo se han escrito nuevas e importantes páginas en la historia nacional y han cambiado muchas circunstancias. Sin embargo, el mensaje que os traigo es el mismo porque vengo en nombre de Cristo, que “permanece el mismo hoy como ayer, y por la eternidad” (Heb 13, 8). Es un mensaje de paz y reconciliación, de invitación a la solidaridad y fraternidad, que os ayude a ser auténticos protagonistas de la *civilización del amor*. Es un mensaje de aliento a proseguir por la senda de la fe de la Iglesia, que habéis recibido de vuestros mayores. Un mensaje que, por venir de Jesucristo, os ilumine para avanzar a través de los caminos que El propone a la humanidad y a cada persona en concreto.

2. Me complace dirigir ahora un deferente saludo a Usted, señora presidente, a la vez que le expreso mi sincero agradecimiento, tanto por su reiterada invitación a venir de nuevo a Nicaragua, como por sus cordiales palabras de bienvenida. Mi gratitud va también al señor cardenal Miguel Obando Bravo y a los demás obispos de la nación, por haberme invitado y haber promovido y alentado una intensa preparación espiritual para esta visita del sucesor de Pedro a los fieles nicaragüenses.

Gracias a los honorables miembros del gobierno y demás autoridades de la república, por su presencia aquí y por la colaboración que han prestado en los preparativos de los diversos actos programados.

Gracias a todos vosotros, amados hijos de Nicaragua: a los que estáis aquí presentes y a los que encontraré a lo largo de esta jornada, así como los que no podré ver, pero que de algún modo llevo en mi corazón. Gracias por vuestro recibimiento, por vuestras oraciones, por vuestro inquebrantable amor al Papa.

3. Nuestro tiempo está marcado por una creciente valoración de la dignidad humana, por la aspiración a una más justa distribución de los bienes materiales y a la instauración de un orden político, social y económico que esté cada vez más al servicio del hombre (cf. *Gaudium et spes*, 9). Sin embargo, esas aspiraciones no pueden ser satisfechas plenamente al margen de la ley de Dios y de los principios éticos fundamentales.

Por eso, el proceso de democratización que habéis emprendido y la etapa preelectoral en la que os encontráis deben ir acompañados de una auténtica revitalización de los tradicionales valores morales del pueblo nicaragüense, así como de un compromiso ético por parte de quienes aspiran a las magistraturas del Estado. En este sentido, la historia y la experiencia demuestran que no basta progresar sólo a nivel material: sin verdadero progreso moral no hay progreso humano integral.

4. En medio de las vicisitudes de cada día, como creyentes sabéis que Dios está con vosotros y que contáis con la intercesión de la Virgen María, a la que veneráis especialmente en su misterio de la Inmaculada Concepción. En fidelidad a la herencia recibida de los primeros misioneros que, desde los albores de la evangelización, "fomentaron los tres grandes amores que han caracterizado la fe católica de vuestros pueblos: *amor a la eucaristía, amor a la Madre del Salvador y amor a la Iglesia en la persona del sucesor de Pedro*" (*Mensaje en el V Centenario de la primera Misa celebrada en el Nuevo Mundo*, 12 de diciembre de 1993, 3), habéis celebrado el II Congreso Eucarístico Mariano, que los obispos me han invitado a clausurar. Este congreso, bajo el lema "Con el Papa y por María a Jesús eucaristía", está llamado a dar abundantes frutos que yo mismo quiero alentar con mi presencia.

Confiando en la intercesión maternal de la Inmaculada Concepción, comienzo mi segunda y tan deseada visita pastoral a Nicaragua, pidiendo al Señor que os bendiga a todos y os colme con sus gracias.

¡Alabado sea Jesucristo!

5. Homilía, 7 de febrero de 1996

1. "Hubo una boda en Caná de Galilea, a la cual asistió la madre de Jesús. *Este y sus discípulos también fueron invitados*" (Jn 2, 1-2). Así leemos en el evangelio de san Juan sobre la "primera de sus señales milagrosas", que Jesús de Nazaret hizo con ocasión de una boda.

Quiero detenerme ahora en esta invitación, porque *yo también he venido a Nicaragua invitado* por las autoridades supremas de vuestro país y por los pastores de la Iglesia católica. Ha sido una invitación particularmente cálida y cordial, que agradezco profundamente. Esta visita se desarrolla *en circunstancias muy distintas* de la anterior. Quienes recuerdan la de hace trece años, saben que el Papa vino a Nicaragua y celebró la Santa Misa, aunque no pudo encontrarse realmente con la gente. Desde entonces han cambiado muchas cosas en Nicaragua. Por eso, tanto vuestra nación como el Papa mismo deseaban vivamente tener la ocasión de una nueva visita pastoral, que fuera *un verdadero encuentro*. Para ello se han esforzado tanto la presidente de la república como el cardenal Miguel Obando Bravo, junto con todo el episcopado de Nicaragua. Por lo cual, *me es grato* poder corresponder hoy a vuestra invitación y estar entre vosotros celebrando esta eucaristía en un clima positivamente cambiado.

2. De mi visita anterior recuerdo un *slogan* muy repetido "¡Queremos la paz!". Gracias a la Divina Providencia, *la paz ha vuelto a vuestro país* y a toda América Central. Esto me ha movido a visitar de nuevo al menos algunos países de esta parte del continente americano, y en particular Nicaragua. *La paz ha vuelto*. Al mismo tiempo, han tenido lugar *profundas transformaciones* en América Central, como en todo el mundo. Los habitantes de Nicaragua pueden gozar ahora de una auténtica libertad religiosa. Al clamor de entonces: "¡Queremos la paz!", quiero responder hoy con este nuevo clamor: *María, reina de la paz, te damos gracias por la paz y la libertad* de que gozan los países de América Central. Desde aquí, la capital de vuestro país, *saludo a todos los países de esta área*, y auguro una paz duradera y un desarrollo progresivo para estas naciones, así como un deseo para la Iglesia que desde hace siglos está presente en ellas, que pueda seguir llevando a cabo más eficazmente su labor evangelizadora.

3. Hoy clausuramos el *II Congreso Eucarístico Mariano Nacional*. En nuestra celebración, el Señor, que siempre es fiel a su palabra, renueva su misterio, como un día hizo para la joven pareja, según nos refiere el evangelio de hoy. Con razón se ha visto en la boda de Caná una prefiguración de la eucaristía: el amor de los esposos refleja el supremo amor de Cristo que se entrega en rescate por todos; el agua transformada en vino en el banquete nupcial prefigura el vino que se convertirá en la sangre de Cristo en la misa. El texto nos muestra también la valiosa intercesión de la Virgen María en favor nuestro.

Con toda la Iglesia aclamamos y adoramos al misterio eucarístico: "¡Oh sagrado banquete, en que Cristo es nuestra comida; se celebra el memorial de su pasión; el alma se llena de gracia; y se nos da la prenda de la gloria futura!".

4. Recordamos que Jesús, su madre y sus discípulos fueron invitados a Caná de Galilea *un día de bodas*. Este hecho tienen una elocuencia particular: el Mesías comenzó sus señales milagrosas (cf. Jn 2, 11) en medio de la alegría por el inicio de una nueva familia. Además, encontramos una clarificación más profunda en las otras lecturas de la liturgia de hoy. Dirigiéndose a las familias, san Pablo nos dice en su Carta a los Colosenses: "La palabra de Cristo habite en vosotros con toda su riqueza" (3, 16). Que sobre esta palabra de Dios se forme espiritualmente cada familia que tiene su inicio en las bodas en el sacramento del matrimonio. Que la palabra de Dios, al habitar en cada hogar, consolide la vida de fe de esta comunidad humana fundamental. El apóstol dice al respecto: "Sed compasivos, magnánimos, humildes, afables y pacientes. Soportaos mutuamente y perdonaos cuando tengáis quejas contra otro, como el Señor os ha perdonado a vosotros. Y sobre todas estas virtudes, tened amor, que es el vínculo de la perfecta unión. Que en vuestros corazones reine la paz de Cristo, esa paz a la que habéis sido llamados (...). Finalmente, sed agradecidos" (Col 3, 12-15).

5. Escuchemos atentamente lo que el apóstol escribe a los destinatarios de su carta y lo que nos quiere decir hoy a nosotros, a todas las familias de Nicaragua. El apóstol señala *la necesidad de crear una atmósfera de amor y de paz*, en la que los hombres puedan desenvolverse felizmente y educar a sus propios hijos.

La palabra de Cristo es fuente de sabiduría. A este respecto recomienda san Pablo: "Enseñaos y aconsejaos unos a otros lo mejor que sepáis. Con el corazón lleno de gratitud, alabad a Dios con salmos, himnos y cánticos espirituales; y todo lo que digáis y todo lo que hagáis, hacedlo en el nombre del Señor Jesús, dándole gracias a Dios Padre, por medio de Cristo" (Col 3, 16-17). En efecto, la familia es el primer ambiente humano en el que se forma cada persona. Este ambiente educa al hombre, lo modela según el espíritu de la propia cultura. *El futuro de las naciones y de las culturas pasa ante todo por la familia*.

6. Las lecturas de la liturgia de hoy manifiestan también el *significado fundamental del cuarto mandamiento*: "¡Honrarás a tu padre y a tu madre!". El padre y la madre son aquéllos que, como los esposos de Caná de Galilea, contrajeron matrimonio y fundaron una familia. El apóstol se dirige a los maridos y a las mujeres. Dice a los maridos: "Amad a vuestras esposas y no seáis rudos con ellas" (3, 19); y a las mujeres: "Respetad la autoridad de vuestros maridos, como lo quiere el Señor" (Col 3, 18). No se trata aquí, naturalmente, de una dependencia unilateral de la mujer respecto al marido, *sino de una común dependencia de los cónyuges respecto a Cristo*.

San Pablo expresa también este mismo pensamiento en el conocido pasaje de la Carta a los Efesios (cf. 5,

21-33). Como padres, los esposos deben obedecer a Dios y sus mandamientos para poder exigir así la obediencia de sus hijos. El autor de la Carta a los Colosenses escribe: "Hijos, obedeced en todo a vuestros padres, porque esto es grato a Dios" (3, 20). Y añade: "Padres, no exasperéis a vuestros hijos, no sea que se vuelvan apocados" (3, 21). Este es el gran principio del cuarto mandamiento: los *padres* no deben solamente exigir la obediencia de sus hijos, sino que, en cierto modo, *deben merecer esa obediencia* con su propio comportamiento.

7. La lectura del Libro del Eclesiástico se refiere precisamente al problema de esta obediencia. En cierto sentido, está impregnada del *espíritu del cuarto mandamiento*. "El que honra a su padre queda libre de pecado; y acumula tesoros, el que respeta a su madre. Quien honra a su padre encontrará alegría en los hijos y su oración será escuchada; el que enaltece a su padre, tendrá larga vida y el que obedece al Señor, es consuelo de su madre" (3, 3-7). La obediencia que Dios pide a los hijos e hijas es *expresión fundamental de agradecimiento por la vida*. Por ello, el autor del libro del Eclesiástico añade: "El bien hecho al padre no quedará en el olvido". En cambio, "como blasfemo es el que abandona a su padre, maldito del Señor quien irrita a su madre" (3, 14.16). Todas estas lecturas bíblicas se refieren a la vida familiar.

Como recordaréis, con ocasión del año de la familia celebrado en la Iglesia, he publicado la *Carta a las Familias*. Lo que estoy diciendo hoy pertenece en gran parte a su contenido. Con esta *Carta* he querido hacer comprender la grandeza de la vocación de la familia cristiana y su misión en la Iglesia y en el mundo.

Al mismo tiempo, al tomar en consideración lo que la liturgia de hoy dice de la familia, podemos aplicarlo, en sentido amplio, *a la nación*. Quiero, pues, desear a vuestra patria y a todas las naciones de América Central, "que la palabra de Cristo habite en ellas con toda su riqueza" (cf. Col 3, 16); "que en vuestros corazones reine la paz de Cristo" (Col 13, 15); que os revistáis —como dice el apóstol— de todo lo que favorece la paz, soportándoos y perdonándoos mutuamente. Es preciso que *no sólo cada familia, sino toda vuestra familia nacional de Nicaragua*, halle en la liturgia de hoy luz para un comportamiento adecuado en esta etapa de su historia.

8. Volvamos de nuevo a Caná de Galilea. Allí Cristo cambió el agua en vino y, con esta *admirable transformación*, sorprendió en cierto modo a los responsables del banquete de bodas y a los esposos mismos, como lo describe san Juan: "Esto que Jesús hizo en Caná de Galilea fue la primera de sus señales milagrosas. Así mostró su gloria y sus discípulos creyeron en El" (2, 11). Este milagro tiene además otro significado, al que se refiere la *liturgia eucarística en el ofertorio*. En efec-

to, el sacerdote, al preparar los dones que serán ofrecidos, echa el vino en el cáliz y después añade unas gotas de agua diciendo: "El agua unida al vino sea digno de nuestra participación en la vida divina de quien ha querido compartir nuestra condición humana". Así pues, la acción litúrgica de mezclar el vino con el agua es símbolo de la unión en Cristo de la naturaleza divina y humana. Esta acción, que se realiza en el ofertorio de la misa, es preparación para el sacrificio eucarístico que, mediante el ministerio del sacerdote, será ofrecido por Cristo, Dios Hombre, para darnos, por medio de la comunión eucarística, la participación en la vida divina.

El primer milagro en Caná de Galilea nos orienta de algún modo hacia este "maravilloso intercambio" —*admirabile commercium*—, hacia esta elevación del hombre a la dignidad de la filiación divina, gracias al misterio de la encarnación del Hijo de Dios. Aquél, que se ofreció por nosotros en el sacrificio de la cruz, era verdadero Dios y verdadero hombre. Y la Iglesia ha recibido de Cristo la eucaristía como el sacrificio del Hijo de Dios, en el cual se verifica constantemente, en cierto modo, al mismo milagro de la transformación del agua en vino, obrado por Cristo en Caná. Al recibir a Cristo en la eucaristía nos hacemos partícipes de la vida de Dios.

La Iglesia realiza en todo el mundo el Santo Sacrificio de la Misa. Que la Iglesia en vuestro país, al hacerlo cada día, permanezca siempre fiel a este misterio de nuestra fe. Que todos vosotros, como miembros de la comunidad eclesial, toméis parte en este "maravilloso intercambio" y lleguéis así a participar de la vida divina, que supera los límites de nuestra existencia terrena y es para todos nosotros prenda de inmortalidad.

Amén.

El Salvador

6. Saludo, 8 de febrero de 1996

1. Me llena de gozo poder encontrarme nuevamente en esta hermosa tierra que lleva el nombre del Divino Salvador. Doy gracias a Dios por haberme concedido la feliz oportunidad de volver, después de trece años, a esta querida nación del istmo centroamericano. Vengo como sucesor del apóstol Pedro para *confirmaros en la fe, fortaleceros en la esperanza y animaros en la caridad*. Como vicario de Cristo, os reitero su mensaje que es un llamado constante a la paz y la reconciliación, al amor y la concordia, a la solidaridad y la justicia.

2. Le agradezco, señor presidente de la república, sus amables palabras de bienvenida, llenas de afecto y que traducen los sentimientos que el noble pueblo salvadoreño tiene con la persona del Papa. Saludo al señor arzobispo de San Salvador, al presidente de la conferencia episcopal y a los demás hermanos en el episcopado que presiden las distintas Iglesias particulares. Doy también las gracias por su presencia aquí a los miembros

del gobierno y a las demás autoridades. Y me dirijo con mucho afecto a todos los salvadoreños: a quienes estáis presentes en esta ceremonia de mi llegada, a los que encontraré en las diversas celebraciones de las próximas horas, a quienes no podrán participar por diversos motivos y, muy especialmente, a los que han colaborado en la preparación y realización de esta nueva visita pastoral.

3. Cuando os visité la primera vez fui testigo del sufrimiento de un pueblo desgarrado por el dolor de una guerra fratricida que sembraba muerte, violencia, divisiones, rencores, viudez y orfandad. Por ello, invité a recorrer el camino del diálogo sincero y constructivo. En estos años he seguido con interés la marcha de las negociaciones, que han tenido su culminación en los históricos acuerdos de Chapultepec, en México, el 16 de enero de 1992, concluyendo así un proceso iniciado precisamente en la nunciatura apostólica de San Salvador, y conducido primero por la conferencia episcopal y después por las Naciones Unidas.

4. Siento, pues, una gran alegría al constatar que las armas de las partes enfrentadas han callado definitivamente y que todos están interesados en poner en práctica los acuerdos alcanzados. Por eso he venido nuevamente entre vosotros, para proclamar una vez más a Jesucristo que, por ser el único camino de la paz, llama a todos a una sincera conversión; he vuelto para confirmar la obra de mis hermanos, los obispos de El Salvador, en la promoción de la reconciliación nacional y hacer que llegue a cada una de vuestras ciudades, pueblos, cantones y aldeas el saludo del Señor resucitado: "La paz esté con vosotros".

Quiera Dios que la querida familia salvadoreña, probada por tantas formas de violencia en el pasado, encuentre el clima sereno para avanzar por las sendas del progreso y del bienestar, y que los niños y los jóvenes, que han crecido en los últimos años bajo un clima de miedo y temor, puedan disfrutar de un futuro de auténtica paz.

Con la confianza puesta en Dios y bajo la protección de su Santísima Madre, que aquí es venerada como Reina de la Paz, comienzo mi segunda visita pastoral a El Salvador bendiciéndolos de todo corazón.

7. Homilía, 8 de febrero de 1996

1. "Que en sus días florezca la justicia y la paz abunde eternamente" (Sal 71, 7).

¡Queridos hermanos y hermanas, hijos de Dios de la paz, os saludo a todos en el nombre del Señor!

Con inmenso gozo me encuentro de nuevo en medio de vosotros, como peregrino del evangelio, para taeros el anuncio de Cristo, el Salvador del mundo. Este título divino de Jesús, que nos habla de perdón, de redención y de vida, es el nombre de vuestra nación y de su capi-

tal; un nombre que os honra y os compromete a ser fieles al *evangelio* y al *bautismo* con que habéis sido consagrados y unidos a su Iglesia.

Las palabras del salmista son mi invocación a Dios y mi deseo más ardiente para todos vosotros, en estos momentos en que celebramos el sacrificio eucarístico, fuente de perdón y de la paz: "*Que en sus días florezca la justicia y la paz abunde eternamente*" (Sal 71, 7). Hoy puedo constatar que la semilla sembrada en momentos difíciles, fecundada por el sufrimiento y el esfuerzo de todo un pueblo, está dando *frutos de reconciliación y de justicia*. Esta es la tarea de los cristianos, el compromiso de los hijos de la Iglesia: "*Los que procuran la paz están sembrando la paz y su fruto es la justicia*" (St 3, 18). Cada día hay que sembrar la semilla de la paz evangélica, si queremos gozar siempre de los frutos de la justicia.

2. Pasados los años más tristes de vuestra historia reciente, vale la pena preguntarnos con las palabras de apóstol Santiago: "*¿De dónde proceden las guerras y las contiendas entre vosotros?*" (St 4, 1). También vosotros os habéis preguntado alguna vez: ¿Qué es lo que ha sucedido en esta tierra bendita, en esta nación cristiana de El Salvador? ¿Cuál ha sido la causa y la raíz de tantos males?

Al ver tantos sufrimientos, no podemos excluir, como causa última, *el pecado que está en el corazón del hombre*, ni las responsabilidades personales y sociales de cuantos han contribuido a prolongar una situación de conflictos y odios. Por eso hay que pedir todos juntos perdón al Señor. Pero también es evidente que vuestra nación forma parte de los países hermanos de Centroamérica. *En esta área del continente se ha librado en los últimos lustros una continua lucha*, de amplios intereses estratégicos, por hacer prevalecer, incluso con sistemas violentos, ideologías políticas y económicas opuestas, como el marxismo y el capitalismo desenfrenados, las cuales, siendo ajenas a vuestro carácter y tradición de valores humanos y cristianos, han lacerado el tejido de vuestra sociedad y han desencadenado los horrores del odio y de la muerte. Son ideologías que en sus expresiones más radicales no respetan la persona, en la que está inscrita la imagen del Creador, y llegan a veces a atentar violentamente contra el carácter sagrado de la vida humana.

3. Cuántos lutos y lágrimas, cuántas muertes violentas se hubieran evitado si, renunciando al egoísmo y sin ceder a dichas ideologías y sistemas, se hubiera emprendido, por parte de todos, un camino de justicia, de fraternidad verdadera, de progreso social. Si miramos hacia atrás, es para implorar la misericordia divina sobre las víctimas de la guerra e invitar a todos, como lo han hecho vuestros obispos con su carta pastoral *Reconciliación con Dios* (28 de noviembre de 1992), a proseguir en esa actitud fundamental de reconciliación, fuente de

perdón y de solidaridad fraterna. Lo hacemos también para recordar a aquellos que han impulsado eficazmente el proceso de reconciliación, incluso a costa del sacrificio de la vida.

Con la ayuda del Señor, han pasado ya los años aciagos y tristes que sembraron odio y destrucción y causaron heridas dolorosas, todavía abiertas, en la convivencia social y en las familias. Este período ha frenado el progreso de las poblaciones más pobres y marginadas en busca de una mayor integración social y de prosperidad. Por otra parte, ha destruido muchos hogares, ha desplazado muchas poblaciones, ha sacrificado muchas vidas inocentes. Por eso, no puedo menos de clamar: *¡Nunca jamás la guerra! Que la justicia verdadera haga fructificar siempre la paz.*

4. Gracias a Dios las circunstancias están cambiando. *Vuestra nación*, como la mayor parte de las naciones hermanas de Centroamérica, superados en parte por los contrastes entre esas ideologías opuestas, *goza ahora de un clima más propicio para la convivencia*. Es éste el momento favorable para afianzar el proceso de paz. Sólo así se podrá edificar una sociedad nueva con ese espíritu cristiano que, casi al límite de la utopía humana pero con la certeza de que responde a la voluntad de Dios, llamamos la "*civilización del amor*". Esta podrá convertirse en realidad *si se desarrolla una apropiada pedagogía del perdón*, muy necesaria, ya que han sido tan fuertes los contrastes y tan demoleedores sus efectos.

Precisamente porque *el mal anda todavía en muchos corazones* y el pecado es la causa última del desorden personal y social, de todos los egoísmos y opresiones, de las violencias y venganzas, es necesario que los cristianos se comprometan a fomentar la tarea de la educación para la paz mediante la práctica del perdón y así se hagan dignos de la bienaventuranza de Jesús: "*Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios*" (Mt 5, 9).

Las palabras del evangelio que hemos escuchado son exigentes, fuera de la lógica humana, pero capaces de hacer realidad esa revolución del amor que empieza por abrir el corazón al perdón y a la misericordia: "*Habéis oído lo que se os dijo: amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Yo, en cambio, os digo: amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen y rezad por los que os persiguen y calumnian...*" (Mt 5, 43-44).

Estas palabras nos invitan a la conversión. Si se percibe una cierta contraposición entre lo que nos propone el evangelio y nuestros sentimientos es porque estas palabras vienen del cielo y no de la tierra. Las proclama Cristo, que las ha cumplido perfectamente con su ejemplo y que nos ha concedido el don de su Espíritu para poder amar a nuestros enemigos, hacer bien a los que nos aborrecen, rezar por los que nos persiguen y calumnian. En realidad, Cristo mismo, con su ejemplo, con su

muerte y resurrección, es la medida del perdón que recibimos de Dios para que también nosotros sepamos perdonar completamente. Es El quien nos anuncia la paz en la mañana de pascua, para que la podamos compartir en un mundo renovado por el amor; nos llena de su Espíritu para que podamos amar a todos.

El perdón de los enemigos, como hicieron los mártires de todos los tiempos, es la prueba decisiva y la manifestación fehaciente de la radicalidad del amor cristiano. Hemos de perdonar porque Dios nos perdona y nos ha renovado en Cristo. Si no perdonamos del todo, no podemos pretender ser perdonados. En cambio, si nuestros corazones se abren a la misericordia, si se sella el perdón con un abrazo fraterno y se estrechan los vínculos de la comunión, estamos proclamando ante el mundo la fuerza sobrenatural de la redención de Cristo. Como constructores de la paz, somos llamados hijos de Dios; somos "hijos del Padre que está en el cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos" (Mt 5, 45).

5. De aquí nace también la *sabiduría de la paz*. Lo hemos escuchado en la exhortación del apóstol Santiago. Hay una sabiduría del mundo que él llama "terrena, animal y diabólica" (St 3, 25). Es la que nace de instintos mundanos y provoca división de los corazones, que viene siempre del maligno al servicio de intereses personales. Pero la sabiduría que viene de lo alto es "pura... amante de la paz, comprensiva, dócil, llena de misericordia y de buenas obras, constante, sincera" (Ib. 3, 17). Es como si Dios os pusiera ante dos caminos para elegir el futuro de vuestra nación: *el camino de la muerte o el camino de la vida*; una convivencia regida por la vana sabiduría del mundo que destruye la concordia, o bien guiada por la sabiduría que viene de lo alto y construye la civilización del amor.

¡Construid un futuro de esperanza con la sabiduría de la paz! Dejad a los jóvenes, a los niños, a las familias salvadoreñas un futuro luminoso y *próspero de solidaridad y justicia*. Volvamos juntos los ojos a Dios, Padre de todos, para que nos enseñe el camino de la reconciliación. Escuchemos la apremiante invitación de Jesús a ser perfectos y misericordiosos como es perfecto el Padre celestial (Mt 5, 48: *cf.* Lc 6, 36).

6. En este horizonte nuevo, que mira al futuro con esperanza, resuena el mensaje de la Palabra de Dios que ha sido proclamada. "El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande... Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado... y es su nombre: Maravilla de Consejero... Príncipe de la paz" (Is 9, 1.5). Con estas palabras se anuncia cada año, en la noche de navidad, la paz a los hombre que ama el Señor (*cf.* Lc 1, 14). Son también el mensaje del sucesor de Pedro. Como a los pastores en la noche luminosa de Belén, os anuncio el gozo de la presencia de aquél que es nuestra paz: "Os ha nacido un Salvador, el Cristo Señor" (Ib. 2, 11).

Para construir la paz en la justicia, para edificar la fraternidad y la reconciliación, el redentor ha recorrido el camino opuesto a la violencia, a la soberbia, al egoísmo, a la lógica del poder, escogiendo la pobreza y el servicio. Ha curado nuestras heridas con la medicina del amor y de la humildad, pues Cristo, el Salvador, es nuestra paz.

Al acercarnos a la celebración del gran jubileo del año 2000, el bimitenario del nacimiento de Jesús, os aliento a ofrecerle el *propósito* de construir juntos una era de paz en vuestra patria, estableciendo con El una sociedad nueva, sostenida y consolidada "con la justicia y el derecho" (Is 6, 6).

Con esa intención estamos celebrando la eucaristía. Queremos sellar con Dios, no con documentos ni simples palabras, sino con la sangre bendita de Cristo derramada en la cruz, una *alianza de amor y de paz* con El y entre nosotros; para renunciar al odio y a la violencia, para *emprender un camino nuevo de fraternidad* y de progreso social buscando el bien de todos los salvadoreños.

¡Iglesia de El Salvador, hijos todos de esta nación! Pidamos por la intercesión de la Virgen María, invocada por vosotros como Madre de Cristo y Reina de la Paz: *¡Señor, haz que florezca la justicia en esta tierra de El Salvador; haz que abunde en ella para siempre la paz!* (*cf.* Sal 71, 7).

8. Saludo, Plaza Cívica, 8 de febrero de 1996

1. Me alegro en el Señor al encontrarme con todos vosotros ante esta catedral, tan estrechamente ligada a los gozos y esperanzas del pueblo salvadoreño. En ella descansan, esperando la resurrección, los recordados Mons. *Luis Chávez*, prelado modelo de virtudes; Mons. *Oscar Arnulfo Romero*, brutalmente asesinado mientras ofrecía el sacrificio de la misa y ante cuya tumba recé en mi anterior visita pastoral; Mons. *Arturo Rivera Damas*, que entró en la eternidad después de haber visto despuntar el horizonte de la paz por la que, junto a los demás obispos de El Salvador, había trabajado incansablemente. Estoy seguro de que ellos *interceden por la Iglesia a la que amaron y sirvieron* hasta el fin de sus días y a la que dejan un mensaje particularmente elocuente.

Agradezco al arzobispo, Mons. Fernando Sáenz Lacalle, sus amables palabras, así como la presencia de los demás obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, seminaristas y fieles laicos, provenientes de muchas parroquias y de diversos movimientos apostólicos.

2. Hemos escuchado el Sermón de la Montaña, que es una apremiante invitación a seguir a Jesucristo de forma radical para llegar a la santidad, a la que todos estamos llamados. Cada una de las bienaventuranzas en su primera parte señala el grupo de personas a las que

Cristo llama dichosos, y en la segunda parte ofrece su motivación. Lo hemos oído: son los pobres de espíritu, los que lloran, los sufridos, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que trabajan por la paz y aquellos que sufren de persecución por causa de la justicia.

En la primera bienaventuranza Cristo dice: "Dichosos los pobres de espíritu, porque *de ellos es el reino de los cielos*" (Mt 5, 3). Y ese "porque" se repite hasta ocho veces, enseñándonos las razones por las que son dichosos y que en cierto modo están contenidas en la primera. Al decir que los que lloran serán consolados, Cristo indica sobre todo el *consuelo definitivo* más allá de la muerte. Lo enseña también la tercera bienaventuranza, "porque heredarán la tierra" (Mt 5, 5), refiriéndose a la *propiedad en sentido escatológico*. Igualmente serán saciados los que tienen hambre y sed de justicia, pues en el reino de los cielos esa será su herencia. Los que son misericordiosos encontrarán misericordia. Los que son limpios de corazón lo contemplarán "cara a cara", lo cual, según las enseñanzas del Nuevo Testamento, es la esencia de la felicidad propia del reino de Dios. A lo mismo se refiere la bienaventuranza de los que trabajan por la paz llamándolos hijos de Dios. Pero cuando Jesús enuncia el último grupo de bienaventurados, considerando entre ellos a los perseguidos por causa de la justicia, se repite lo dicho de los primeros: "Porque de ellos es el reino de los cielos" (Mt 5, 10). Cristo resume las bienaventuranzas dirigiéndose a los que de algún modo son perseguidos y falsamente acusados exhortándolos a la alegría: "Alégrense y salten de contento porque su premio será grande en los cielos" (Mt 5, 12).

3. Las bienaventuranzas constituyen *la clave para comprender la moral evangélica*. Ellas nos abren un horizonte nuevo con relación a la vida y a la conducta humana. Son dichosos, pues, quienes se dejan guiar por el espíritu de las bienaventuranzas y ciertamente "heredarán la tierra", aunque hayan acabado los días de su vida terrena. Su victoria y su felicidad es sobre todo moral, *al participar de la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte*.

4. Muchas cosas han cambiado desde mi primera visita. Han cambiado el rostro del país y también las expresiones de la acción pastoral de la Iglesia, que, al mejorar la situación, ha visto fortalecerse la vida en las parroquias y en las diversas asociaciones y movimientos eclesiales. En este momento histórico recobra su plena actualidad el *mensaje de las bienaventuranzas* que, como apóstoles, tenéis que hacer presente.

Apóstoles los sois todos vosotros. En primer lugar los *obispos*, sobre cuyos hombros pesa la tarea de conducir a los hijos e hijas de esta nación a la comunión con Dios. Los son los *sacerdotes*, que unidos a sus obispos, animan las comunidades que les son confiadas. Los

sois vosotros, queridos *religiosos y religiosas*, desde vuestra fidelidad a los carismas de la vida consagrada, siguiendo las huellas de Jesús y colaborando a vuestro modo en la misión de la Iglesia. El Señor cuenta también, para llevar a cabo su obra, con el "sí" de los que *se preparan al sacerdocio* o a la *vida religiosa* y con la entrega generosa de los laicos que viven y propagan su compromiso bautismal en medio de los avatares del mundo.

5. Los jóvenes sois también apóstoles. Habéis venido de las ocho diócesis de El Salvador. *Representáis la pastoral juvenil* de las parroquias y de los colegios. *Vuestra presencia* esta tarde es como un *canto a la vida y a la esperanza* para la patria salvadoreña, empeñada en buscar *nuevos caminos de fraternidad y de paz* en la justicia y en la solidaridad-cristiana. ¿Sabréis perseverar en este empeño? Ciertamente, si permanecéis unidos a Cristo en estrecha amistad, si seguís cultivando la vivencia comunitaria de la fe, si buscáis sin descanso el alimento de la palabra divina y del pan de vida. ¡Esforzaos todos a seguir participando en la vida de la Iglesia y en construir una patria reconciliada en la justicia y el amor! Para ello, invocando la protección de la Madre del Salvador y Reina de la Paz, os bendigo de corazón.

9. Despedida, 8 de febrero de 1996

1. He vivido una densa jornada con el pueblo de Dios que peregrina en las bellas tierras de El Salvador, lo cual ha dejado en mí una profunda huella. Me llevo el recuerdo de los rostros de tantas personas, llenos de fe y esperanza, que he podido contemplar a lo largo de este día, en los lugares que el intenso programa me ha consentido visitar. Me habéis brindado una *cordial hospitalidad, expresión genuina del alma salvadoreña*, pero sobre todo quiero resaltar que he podido compartir con vosotros *profundos momentos de oración y de reflexión* en la Santa Misa, en el encuentro con los jóvenes y en la visita a la catedral metropolitana.

2. Pido a Dios que bendiga y recompense a todos los que han colaborado en la realización de esta nueva visita. Le agradezco, señor presidente, su presencia aquí, así como su amable recibimiento. Estoy muy reconocido a mis hermanos obispos de El Salvador, por la solicitud pastoral con la que han preparado la visita y por su calurosa acogida. Mi gratitud se dirige también a todas las autoridades de la nación, que han facilitado y cooperado en el desarrollo de los diversos actos, permitiendo así que fueran muchos los que han podido tomar parte o seguir los diversos eventos. Agradezco también la presencia del cuerpo diplomático que, con su labor orientada a la promoción del bien común de la humanidad y de la cooperación entre los pueblos, pone de relieve la *unidad de la gran familia humana*.

3. Como sucesor del apóstol Pedro y siguiendo el mandato del Señor, vine a confirmaros en la fe, a impul-

sar la nueva evangelización y a dejaros un mensaje de paz y reconciliación en Cristo. He sentido gran alegría al constatar que se ha pasado de la guerra al diálogo. Por eso, os aliento a seguir trabajando juntos para que el conocido dinamismo salvadoreño produzca abundantes frutos de bienestar y prosperidad espiritual y material. La consolidación de las instituciones, el desarrollo de la actividad económica y del sistema educativo y sanitario necesitan la colaboración de todos.

4. Antes de abandonar esta capital, quiero extender mi mirada a toda la región centroamericana, llamada a realizar sus nobles ideales avanzando por el camino ya comenzado de la integración. San Salvador es la sede del Sistema de Integración Centroamericano (SICA), y por eso expreso mis fervientes votos para que en un futuro cercano las naciones del istmo, que comparten el mismo patrimonio cristiano y la misma lengua, puedan gozar de los beneficios de la unidad y de la concordia. Invito, pues, a todos a aunar esfuerzos y superar obstáculos para que los queridos pueblos centroamericanos entren en un nuevo orden de colaboración generosa en favor del bien común, de modo que se superen la angustia causada por la pobreza, las desigualdades injustas, el desprecio de los derechos humanos inalienables y los límites a las libertades fundamentales.

5. Queridos salvadoreños: me voy con una gran confianza en el futuro de esta amada tierra; vivid a la luz de la fe, con el vigor de la esperanza y la generosidad del amor fraterno, sabiendo que, hoy y siempre, Dios os ama. Que El os bendiga y os recompense abundantemente.

Guatemala

10. Despedida, 9 de febrero de 1996

1. Después del profundo gozo espiritual que me ha proporcionado esta nueva visita pastoral a vuestro amado país, llega el momento de despedirme de vosotros para continuar mi viaje hacia donde otros hermanos me esperan.

En este momento vienen a mi recuerdo todas las personas a las que he podido encontrar en vuestras calles y plazas, y con las que he compartido intensas e inolvidables vivencias de fe aquí en Nueva Guatemala y en la solemne celebración de la eucaristía junto al Santro Cristo de Esquipulas.

2. Como peregrino de paz he venido a postrarme a los pies del Cristo Negro y a implorarle la paz definitiva y duradera que brota del costado abierto del redentor. Al dejaros mi mensaje, me dirijo a todos, pero muy especialmente a quienes ocupan puestos de mayor responsabilidad, exhortándoos a favorecer un clima de pacífica convivencia, solidaridad y justicia para todos los guatemaltecos. Que el recuerdo de los momentos vividos en la participación de una misma fe ayude a hacer germinar frutos de auténtica vida cristiana y de serio

compromiso social. Me voy con la profunda esperanza de que así será.

3. En los diversos grupos que he encontrado estos días he podido constatar, una vez más, la riqueza multiétnica y plurilingüística que encierra Guatemala, lo cual la hace depositaria de una cultura variada y rica, que la Iglesia viene evangelizando desde hace casi cinco siglos. Se trata de un bien digno de ser preservado, trabajando con empeño para que cada uno vea respetados sus derechos fundamentales inalienables que todo hombre tiene por haber sido creado a imagen y semejanza de Dios.

A todos los hijos de este país, los que habitan en las ciudades y en las aldeas; a los indígenas, campesinos y ladinos; a los niños, jóvenes y ancianos, a todos os digo adiós, confiando en que continuaréis conservando y promoviendo los valores más genuinos del alma guatemalteca que, aun en medio de las dificultades, sabe mostrar su confianza en Dios y la voluntad de mantenerse fiel a la herencia de los mayores: a su fe cristiana y a la Iglesia, a la cultura y a las tradiciones patrias, a la vocación de justicia y de libertad.

A todos expreso mi más profundo agradecimiento por la acogida que me habéis dispensado, así como por la colaboración para que esta visita fuera una experiencia inolvidable. Mi gratitud va dirigida en primer lugar al señor presidente de la república. También a las demás autoridades y a mis hermanos obispos de Guatemala, e igualmente a quienes han trabajado eficazmente en la preparación y realización de los diversos actos.

Junto con mi afecto, os dejo también la seguridad de mi recuerdo en la oración. ¡Que Dios bendiga a Guatemala y a todos sus hijos!

Documentos entregados a Juan Pablo II

Conferencia de Religiosos de El Salvador (CONFRES)

Santo Padre:

Que la paz de nuestro Señor Jesucristo llene su corazón y sea su guía en este momento de su visita a El Salvador.

En nombre de los religiosos y las religiosas de nuestro país le hacemos llegar nuestros más cariñosos saludos y le comunicamos nuestra más profunda alegría por su llegada a El Salvador. A la vez, queremos decirle algo de nuestro pensar y sentir frente a su visita a nuestro país.

El Salvador está viviendo una etapa de postguerra que para la gente pobre, que es la inmensa mayoría, es un momento de gran desilusión y desánimo. La gente esperaba, después del precio de tanta sangre derramada en la guerra, resultados más concretos de mejores condi-

ciones de vida para los más pobres. Pero lo que se ve es un planteamiento económico neoliberal de parte del gobierno que hace que los ricos sean más ricos y que los pobres sean más pobres. Se ve mucha corrupción en los líderes de toda tendencia política, un enorme problema de violencia y de delincuencia, y una crisis económica generalizada ya que el precio de la canasta básica ha subido enormemente mientras los sueldos se mantienen igual. Hay un cansancio profundo después de tantos años de sufrimiento, pero no hay descanso para la gente pobre, porque la situación económica de la postguerra es terrible. Para el campesinado no está resuelto el problema de la tierra. Muchos todavía no la tienen. Los campesinos tienen que pagar las tierras que se les entregaron según los acuerdos de paz, pero eso es casi imposible por lo muy poco que ganan en la agricultura que más que nada les deja lo suficiente para comer en el año, y a veces ni eso. Hay una necesidad urgente de renegociar el pago de las tierras, porque así como está el acuerdo no se va a poder. El gobierno no quiere.

Seguramente, usted ha recibido muchos más datos sobre la situación actual que se vive en el país como orientación para su visita. Pero lo que queremos comunicarle en nombre de los religiosos y las religiosas es que confiamos en que su mensaje en esta visita motive a todo nuestro país e Iglesia a que se tengan en cuenta las inquietudes de este pueblo pobre. Nuestra esperanza es que usted anime a todo el país a una distribución justa de los recursos económicos y a un modelo económico que da preferencia a las necesidades básicas de los más pobres.

La figura que siempre ha dado mucha esperanza a nuestro pueblo es la de Mons. Romero. Que su visita a El Salvador reanime la fe de este pueblo sencillo con la figura de Mons. Romero, mártir y fiel testigo de nuestro Señor Jesucristo, quien siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza. Esperamos que su presencia en la catedral apoye el proceso de canonización de nuestro querido pastor, Mons. Romero, cuyos restos reposan aquí. Expresamos con las firmas y sellos aquí adjuntos de congregaciones religiosas nuestro apoyo a la causa de su beatificación y nuestro deseo profundo de seguir el ejemplo de Mons. Romero, en fidelidad a nuestra vocación de vida consagrada, de preferencia por los más pobres.

Le agradecemos su preocupación pastoral por El Salvador y el aliento espiritual que nos trae su visita.

San Salvador, 8 de febrero de 1996.

Junta directiva.

Comisión Episcopal de Juventud (CEJES)

Santo Padre:

Reciba en nombre de toda la juventud católica de El Salvador, el más cariñoso y fraterno saludo en Jesucris-

to, el eterno joven.

El encuentro con Su Santidad a través de las jornadas mundiales de la juventud y, de manera muy especial, este encuentro en El Salvador ha sido para nosotros motivo de alegría y esperanza, momento propicio para vivenciar el protagonismo que la Iglesia nos confía en esa trascendental responsabilidad que es la construcción de la civilización del amor.

Por ello, Su Santidad, queremos manifestarle nuestros rostros, inquietudes y temores, nuestras opciones y esperanzas.

Los jóvenes salvadoreños hemos sido golpeados por el drama de la guerra, fruto de la injusticia. Somos víctimas del empobrecimiento que caracteriza a nuestros países, de la violencia delincuencial e institucionalizada, del narcotráfico, de la drogadicción y la prostitución.

Se nos sigue diciendo que somos el futuro, pero cada día la sociedad nos cierra las posibilidades de realización, marginándonos y excluyéndonos de la educación, el trabajo y la vida social misma, a la vez que se nos presenta frente al mundo como un problema que se debe atender. Se nos sigue alienando, a través de los medios de comunicación social, instrumento deshumanizador de ese sistema de muerte que es el neoliberalismo.

El desarrollo de nuestros pueblos y ciudades es cada vez más materialista y superficial, promotor de una visión de mundo individualista, depredadora de la naturaleza y consumista. Todo esto nos condena a vivir en un mundo de fantasía que luego nos llena de frustraciones y vida sin sentido.

Pero, a pesar de todo ello creemos en la vida y en la esperanza. Muchos jóvenes gastamos nuestras vidas en el proyecto de Jesús porque creemos en el reino que se anuncia a los pobres y luchamos por construir en nuestro país una sociedad reconciliada y en paz, la libertad en Cristo, la solidaridad y la fraternidad, todas ellas manifestaciones del amor. Porque creemos en la vida la defendemos en todas sus manifestaciones: nuestra dignidad de hijos e hijas de Dios nos exige luchar por la defensa de los derechos humanos, violentados a diario en nuestro país, y velar por el bienestar de todos los seres vivos, por el equilibrio ecológico. Queremos también, como presente y futuro de la Iglesia y de la sociedad salvadoreña, forjar un presente y un futuro de paz. Por todo esto asumimos el llamado que Su Santidad nos hace a "*ser profetas de la vida, la alegría y la esperanza*" y a dar nuestra vida por la causa del reino.

Santo Padre, le pedimos que nos acompañe en la oración y anime a nuestra Iglesia a ser fiel a la tradición profética que nos han heredado nuestros pastores Mons. Luis Chávez y González, Mons. Oscar Arnulfo Romero y Mons. Arturo Rivera Damas. Anímenos también a mantener vigente una opción no sólo afectiva, sino tam-

bién efectiva por los pobres y los jóvenes; apóyenos a seguir en búsqueda de reconciliación y motívenos a ser verdaderos "artesanos de la paz".

Queremos también pedirle, especialmente, que en su pontificado interceda por la canonización de Mons. Oscar Arnulfo Romero, a quien los jóvenes reconocemos como mártir, profeta de la esperanza, pastor alegre y modelo de vida de santidad. Así la Iglesia salvadoreña, latinoamericana y universal le reconocerá como el pontífice que llevó a los altares a Mons. Romero.

Con la bendición de Su Santidad, la intercesión de nuestra Madre la Virgen María, que siempre nos guía y acompaña, y la presencia vivificante de Nuestro Señor, el único que "tiene palabras de vida eterna",

Afectísimos en Cristo, Señor de la vida y la historia.

Catedral metropolitana de San Salvador, 8 de febrero de 1996.

Consejo de Organizaciones Eclesiales de Laicos Arquidiocesanos (COELA)

Beatísimo Padre:
Pax Christi.

Damos gracias a Dios por su presencia, este día, en El Salvador como peregrino de la paz y mensajero de la reconciliación, para confirmarnos en la fe y en nombre de Jesucristo, animarnos a hacer de El Salvador, un pueblo de artesanos de la paz y la reconciliación.

Nosotros, los abajo firmantes, representantes de las asociaciones, movimientos apostólicos y grupos eclesiales de la arquidiócesis de San Salvador, fieles a la más hermosa tradición de nuestra Iglesia particular hemos aprendido de Jesucristo y de nuestros pastores, que el cristianismo es vida y testimonio concreto del evangelio, cuya esencia está constituida por la práctica del amor a Dios y al prójimo, y que la más grande expresión de este amor se da en el martirio. Así lo creemos, así lo hemos visto testimoniado y así intentamos vivirlo.

Por ello, Santidad, hemos visto con gozo el proceso diocesano que en nuestra arquidiócesis de San Salvador se sigue para la beatificación del siervo de Dios, *Monse-*

ñor Oscar Arnulfo Romero Galdámez, IV arzobispo de San Salvador, nuestro pastor y mártir.

Este día, ante Usted Santidad, a quien en su primera visita hemos visto orar ante la tumba de Monseñor Romero, queremos manifestar

1. Que decididamente y con fe apoyamos esta causa de beatificación;

2. Que es nuestro deseo, una vez cumplidos todos los procedimientos canónicos establecidos, ver a nuestro venerado pastor en los altares, gozando del reconocimiento oficial de la Iglesia y descubrir en su ejemplo la integridad del ser cristiano, entrando en la voluntad de Dios a través del servicio a los pobres.

Muchos reconocen los favores o milagros que les ha concedido Mons. Romero después de su martirio, ésto, unido a la fe de un pueblo, nos mueve, como miembros de esta Iglesia que peregrina en El Salvador, a pedir a Su Santidad que nuestro siervo de Dios sea llevado al altar de los elegidos para su veneración.

Beatísimo Padre, que Dios le ilumine siempre para conducirnos por los caminos del evangelio, gracias por esta segunda visita a nuestra nación, bajo la estrella de la nueva evangelización, la Virgen María, nos suscribimos filialmente,

San Salvador, a los 8 días del mes de febrero de 1996.

Adoración Nocturna del Santísimo, Apostolado de la Cruz, Asociación de Damas Católicas de El Salvador, Asociación de Médicos Católicos, Camino Neocatecumenal, Centro Ana Guerra de Jesús, Centro Católico de Evangelización Emmanuel, Centro MIR, Club Serra de El Salvador, Comunidad Católica Cristo Joven, Confraternidad Carcelaria de El Salvador, Congregación Mariana, Cursillos de Cristiandad-El Salvador, Encuentros Conyugales-Movimiento Familiar Cristiano, Encuentro Matrimonial-El Salvador, Familia Nueva, Focolares, Jóvenes de Emaús, Legión de María, Movimiento de Enfermeras Católicas, Ministerio de Evangelización Espiga, Sociedad San Vicente de Paul, Talleres de Oración y Vida-El Salvador, Ministerio Kerigma.